

Porque ha sembrado el trigo de promesa en América
y ha tenido héroes y santos que criar
yo venero la savia del árbol de la épica
Extremadura mía donde poder rezar.

OFRENDA A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

La soledad me hiere si en soledad me quedo
pero me fortifica al saberme verdad,
al beberme el rocío de lágrimas y Credo,
al saberme tu hijo, Madre de Soledad.

A tus plantas yo pongo esta flor del destino
y mi alma en tus manos tan llenas de bondad:
vengo de muchos años rodando en el camino;
tú solamente puedes tenerme caridad.

Mi corazón te ofrezco, como clavel dormido
en la sangre primera que no tuvo maldad
en mi fondo de niño, por lo que ya he sufrido
recógeme en tu seno, Luz de la Soledad.

JESUS DELGADO VALHONDO



RECUERDOS

El 16 de Mayo

LA FECHA ANDA EN ROMANCES Y TONADILLAS. SE
CANTABA CON MUSICA DE *EL RELICARIO*:

«El 16 de Mayo, en Talavera...»

RERIA talaverana de 1920, colorista y desbordada, como la ornamentación de su cerámica. Bajo el cielo—a tono con el arte tradicional, azul Talavera,—la estampa del coso taurino, con un grito de angustia en el viento y rosas de sangre en la arena. La gracia sevillana de *Joselito*, rota en pedazos por el toro *Bailaor*. El 16 de Mayo de 1920, en Talavera de la Reina, moría uno de los toreros más grandes de todos los siglos.

Recuerdo perfectamente el exaltado lirismo elegiaco con que la prensa comentaba el suceso, y la profunda emoción con que yo leía los artículos. Y lo más curioso es que no fui nunca aficionado a la fiesta nacional. De muchacho y en mi primera juventud, iba a los toros; ahora hace ya muchos años que no piso una gradería ni veo un ruedo. Sin embargo, por ser típicamente española, miro con simpatía la fiesta.

En los tiempos de *Joselito* yo iba a los toros y hasta llegué a considerarme joselitista, en la pugna con Belmonte. Todo esto no era más que un complejo infantil. Yo montaba a caballo desde los seis años. Mi maestro de equitación, el desbravador que me acompañaba siempre en mis paseos, era acérrimo partidario de *Joselito*. Los complejos de inferioridad en el alma de los niños, no manchada aún de envidias y ambiciones, generan siempre la admiración por el ser superior. El desbravador, que era un criado al servicio de mi abuelo paterno, sabía montar a caballo mucho mejor que yo. Por eso le admiraba y sus opiniones influían decididamente en mí.

Acaso esta digresión parezca inútil; pero es necesaria, porque si he de recoger mis impresiones y recuerdos con fidelidad, no puedo prescindir de la mención de aquel criado, que aún vive, al que llaman de apodo *Frascuero*, que fué por quien llegué a creer que me gustaban los toros y que era entusiasta partidario de *Joselito*, lo cual trajo como consecuencia el deseo de conocer personalmente al gran torero. También es curioso anotar que este deseo no lo satisfi-

ce hasta unos años después, cuando ya no era niño, aunque sí muy joven, y cuando comprendía que no me gustaban los toros.

Mi padre y todos sus amigos eran grandes aficionados y entusiastas admiradores de *Joselito*. Uno de estos amigos—creo que fué el Conde de Trespalacios—, se encargó de presentarme al torero, durante su estancia en Cáceres, en las ferias de Mayo de 1919. José Gómez Ortega, *Joselito* o *Gallito*, como también se le nombraba, por pertenecer a esta gran dinastía torera—no me causó en la intimidad ninguna impresión extraordinaria. Espigado, con gesto un poco melancólico, no se traslucía en privado su extraordinaria personalidad genial ante las reses. En un principio me pareció algo tímido, si bien es cierto que como había allí mucha gente, casi no le dejaban hablar. Con su sonrisa un poco triste, pagaba las alabanzas del coro de admiradores.

Alguien le dijo—muy de rigor en tales casos—que era el torero más grande de todos los tiempos. Se abrieron sus labios, para decir:

—Yo hago lo que puedo.

¿Qué suponía aquel comentario? ¿Aceptaba la afirmación? ¿Quería desviarla? Creo que ni lo uno ni lo otro: Expresaba, con sencillez, su pensamiento.

Uno de esos entrometidos e ignorantes, que nunca faltan, le preguntó la siguiente simpleza:

—¿Es muy difícil torear?

Joselito, con sonrisa irónica y tono de humor, le contestó:

—Facilísimo. Ya lo dijo un compañero famoso: el toreo es muy sencillo: coges el capote y llamas al bicho; que viene el toro, te quitas; que no te quitas tú, te quita el toro.

Reímos todos la conocida anécdota. Uno, en plan de halago, le dijo:

—A ti, José, no hay quien te quite de tu sitio. Ni te quitas tú, ni te quita el toro.

—Yo, por si acaso—comentó sonriente—, procuro quitarme; no me interesa que sea el toro el que me quite.

Sus comentarios, sencillos unos, con humor otros, suavizaron mi primera impresión sobre su timidez y produjeron en mí un buen efecto. El gran torero resultaba agradable y simpático.

Lo traté luego en Madrid dos o tres veces más. Y muy poco después, en la cumbre de su fama, como fino y ornamental jarrón talaverano roto bajo un cielo de azul Talavera, el nombre de *Joselito* pasó a la inmortalidad, inmortalizando una fecha: el 16 de Mayo.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de Canilleros y de San Miguel

LEXICO

I

Hay que abrir las palabras en canal:

el puente,

la puente...

¿Lo mismo? No es lo mismo. ¡No es igual!

La puente

fué primero:

es aldeana, rusticidad.

El puente

fué postrero:

es civilizado y de ciudad.

II

La puente:

Toscas piedras. Un ojo solo. Mansa corriente.

Lavanderas que lavan con afán.

Un ladrido, una yunta y el gañán.

Mozas garridas que pasan buscando en la fuente
el amor.

Pasta un bucólico rebaño de ovejas.

Un pastor.

Muy pausadas

pasan cansinas las viejas

encorvadas

con su leña.

Rosicler. Sol. Mañana.